

LA VIOLENCIA Y LA MUJER

La primera víctima del año, a manos de su compañero, ha tenido que ser precisamente en Vinaroz. Una vez más hemos sido noticia de primera página a nivel nacional. Nadie lo pretendía pero... así son las cosas. Castellón, desgraciadamente, aparece con excesiva frecuencia en la crónica negra, tan de actualidad, por otra parte, en la denominada telebasura y la prensa sensacionalista.

¿A qué se debe el brutal incremento de la violencia en nuestra sociedad? Habría que analizarlo en profundidad, con rigor científico y desde diversas ópticas, si realmente alguien quiere poner fin a esta macabra escalada.

El azote de la violencia siempre lo sufren los más débiles:

mujeres, niños, ancianos...

En nuestros días sigue siendo así. ¿Por qué entonces florecen los malos tratos ahora y no en la década de los años 80 ó los 70? ¿Es que los hombres se han vuelto de repente violentos? o ¿es que las mujeres son hoy más valientes y no temen denunciarlos?

Hay quien asegura que, como siempre, son los medios de comunicación empeñados en crear, una vez más, alarma social. Eso vende, dicen otros. Incluso los hay quienes no dudan en atribuir a un conjuro de los astros esta ola de violencia.

Sea como fuere, lo cierto es que hay demasiadas víctimas para una sociedad que llamamos civilizada.

Desgraciadamente sólo los cadáveres de mujeres salen a

la luz, aunque los asesinos permanezcan a menudo en la más absoluta oscuridad. Pero ¿qué pasa entre las cuatro paredes de cualquier hogar, de tantos y tantos hogares de nuestro entorno? El miedo al qué dirán o la cobardía pueden esconder a veces la más brutal tortura psicológica, la más absoluta indefensión, incluso la total anulación de la persona, pero esto quedará en la intimidad.

Ante la gravedad de los hechos, el Gobierno ha decidido tomar medidas. Lástima que Carmen Tejero, la última víctima de Vinaroz y tantas otras como ella, ya no podrán conocerlas ni valorarlas. El último mensaje que recibieron del Gobierno fue aquello de: "España va bien".

Una mujer

Hablemos de disciplina

Los tiempos actuales necesitan de libertad, pero también de disciplina. Que conste que la disciplina no coarta ni niega la libertad. Lo único que niega es que cada cual vaya por su lado.

La disciplina es un orden correlativo de cosas una detrás de la otra que se van instaurando a medida que las circunstancias o el bien común crean la necesidad de ordenarlas. O sea; disciplina es, simplemente, hacer bien las cosas que se deben hacer bien. Y naturalmente, se debe hacer bien todo aquello que atañe a lo nuestro, a nuestra profesión. No porque nosotros nos desentendamos de los demás, sino porque éstos además deben tener también su disciplina.

Tampoco hay que confundir esta forma de obrar consecuentemente con lo que algunos creen es obediencia. Disciplina y obediencia no es lo mismo, porque si bien la primera podría parecerse a una servidumbre, la segunda, en cambio, es un conjunto de actos conscientes a los que el profesional o el ciudadano en sus diversos estadios se deben. Por tanto disciplina no es imposición y sí organización. De aquí

que libertad y disciplina pueden marchar de consumo porque la una no es antiestética de la otra.

Reconozcamos que estamos en el siglo de la palabras nuevas. La tecnología, la ciencia, el comercio y demás ramas sociales han creado un vocabulario, un argot para uso y consumo de sus quehaceres. Nosotros seguimos utilizando palabras viejas para expresar lo que con las nuevas ya no se puede hacer entender. Hay quien dice que todo son palabras y es verdad. Hay quien dice que todo son palabras y es verdad. Pero hay que tener en cuenta que no todas las palabras quieren decir lo mismo. Es decir. Obediencia, orden y disciplina parecen sonar a arbitrario. Sin embargo, ningún camino social se puede recorrer mejor que el orillado por los nivelados terraplenes de la disciplina cuya palabra sinónima es organización.

Acatemos en buena hora nuestra disciplina, es decir, nuestra organización y sigamos adelante.

VÍCTOR B.